

Aceleración: las estructuras temporales de la modernidad

José A. Zamora
Instituto de Filosofía – CCHS/CSIC (Madrid)

El *tiempo* es una de las claves fundamentales de análisis de los fenómenos sociales y ha ido ganado relevancia de modo continuado en las ciencias sociales, ya sea a la hora de estudiar las técnicas de dominio, el funcionamiento de las instituciones, las innovaciones tecnológicas o los procesos económicos. La modernización capitalista está intrínsecamente unida a la transformación de las estructuras temporales, es decir, a la transformación de la temporalidad misma y no sólo de aquello que ocurre *en* el tiempo. Y existe un acuerdo bastante generalizado de que se trata de una transformación marcada por la aceleración.¹ Ésta caracteriza los cambios de las estructuras sociales, pero también preside las lógicas de la acción y los procesos de subjetivación.

Dado que las estructuras temporales son una construcción social, la cuestión del tiempo es siempre una cuestión política que afecta a la conexión y las fricciones entre las exigencias sistémicas y los proyectos de vida de los individuos. En relación a la cuestión de la duración, el ritmo, la aceleración y la sincronización de los acontecimientos, de la cantidad de acciones por unidad de tiempo y su secuenciación, etc. siempre se producen conflictos y luchas de poder. Precisamente aquí es donde intervienen los procesos de disciplinamiento llevados a cabo por las instituciones que caracterizan el gobierno anatomopolítico moderno (fábricas, hospitales, escuelas, cuarteles y prisiones) analizado por M. Foucault. Dichos procesos deben su eficacia en gran medida a la imposición de regímenes temporales específicos y estrictos. Así pues, toda forma de poder lleva asociada una *cronopolítica* en un doble sentido. Por un lado, como ha señalado repetidamente Paul Virilio, el poder es siempre el dominio del más rápido (Virilio, 1977) y, por otro, el poder siempre supone la capacidad de disposición sobre el tiempo de los otros, es dominio del tiempo de los otros.

Nada nuevo se descubre haciendo referencia a los largos y coactivos procesos de reeducación, en el sentido de internalización de nuevos modelos temporales, que fueron necesarios para transformar la fuerza de trabajo excedente del sector primario en mano de

¹ Una de las más influyentes interpretaciones actuales del cambio epocal que representa la modernidad, la de R. Koselleck, asocia precisamente a la transformación de las estructuras temporales, es decir, no de lo que ocurre en el tiempo, sino del tiempo mismo, el nacimiento de la modernidad, cuya clave está en lo que el llama la “temporización” del tiempo (*Verzeitlichung der Zeit*) (Koselleck, 1989) y en su aceleración (Koselleck, 2003; Conrad, 1999).

obra industrial en los comienzos de la industrialización moderna (Thompson, 1967). Tampoco subrayando la relevancia de la temporalización acelerada de la “revolución digital” producida por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, que ha supuesto un impulso extraordinario de los ritmos y de la velocidad de la producción y el consumo, del tiempo de trabajo y del tiempo libre (Freyermuth, 2000), que ha convertido en obsoletos los ritmos de las instituciones educativas, políticas y jurídicas de los Estados modernos y que está a la base del desarrollo de las nuevas formas de gubernamentalidad postfordista. Pero empecemos por analizar la economía capitalista del tiempo.

1. La economía capitalista del tiempo: una aproximación

Para comprender la ‘economía del tiempo’ capitalista es necesario atender al cambio de finalidad que se produce en la economía en general: de la satisfacción de necesidades a la producción de beneficio (Scholte, 1996, 63). Esto no quiere decir que no se satisfagan necesidades, pero en la economía capitalista dicha satisfacción se supedita a una acción económica orientada a la maximización del beneficio, lo que conduce a producir para producir plusvalía y en consecuencia a producir por producir.² La nueva finalidad de acumulación del capital impone un aumento imparable de la producción y la productividad en una especie de carrera impulsada por la necesaria búsqueda de ventajas comparativas basadas en una eficacia medida en tiempo. Éste pasa a ser un bien escaso y mercantilizado (en todas sus formas: tiempo del trabajo, tiempo “libre”, tiempo del consumo, etc.), de modo que se produce aquella equivalencia que Benjamin Franklin hiciese famosa entre tiempo y dinero.

Así pues, para caracterizar las estructuras temporales de la modernidad capitalista hemos de recurrir a la dinámica del capital y a la dimensión temporal del valor en la que se despliega la dialéctica entre trabajo abstracto y trabajo concreto, entre valor y riqueza material, entre tiempo abstracto y tiempo concreto (Postone, 2006). La clave está en la conversión del tiempo en factor de medida del valor, es decir, en la conversión de los resultados de una actividad individual en norma temporal abstracta de esa actividad a través de la mediación del sistema productivo capitalista.

Esta conexión entre tiempo y valor abstracto es determinante en la vida económica capitalista. El trabajo, los beneficios y las ganancias no son calculables sin referencia al tiempo. El tiempo de vida de las máquinas lo mismo que la productividad, las horas extraordinarias tanto como las horas perdidas por enfermedad o huelgas, etc. Pero sólo un tiempo abstracto, estandarizado y descompuesto en fracciones iguales puede ser empleado como medida en los procesos de intercambio, como parámetro neutral en el cálculo de la eficiencia y los beneficios. Que podamos dominar el tiempo de otros seres humanos y equiparar el tiempo con el dinero sólo es posible porque se ha eliminado del tiempo su contexto y contenido, estableciéndolo como fenómeno universal, abstracto, vacío y neutral.

Pero, dada esta configuración del tiempo, ¿cuál es la relación interna que establece el capitalismo entre tiempo y valor abstracto? El crecimiento de la productividad es un atributo del valor de uso del trabajo³, pero la magnitud del valor de cambio es una función del tiempo

²Es el peculiar proceso de “acumulación por la acumulación” que lleva a la “producción por la producción” lo que centra la crítica de Marx y no sólo la distribución de la riqueza, cfr. Postone, 2006, 401ss.

³La fuerza productiva del trabajo, tal como señala Marx en *El Capital* (MEW 23, 54), no depende sólo del trabajo directo del trabajador, sino de una combinación social en la que interviene el grado de desarrollo científico y de aplicación tecnológica, que determinan de modo creciente el nivel de productividad. Pero no por ello deja de tener una dimensión material relativa a la producción efectiva de un producto determinado en la que se objetiva el conocimiento científico-técnico acumulado históricamente.

abstracto de trabajo (“el tiempo de trabajo socialmente necesario”), que media entre aumento de la productividad y obtención del beneficio. Esto explica que la generalización de un determinado aumento de la productividad, aumento que supone un crecimiento de la riqueza material producida por unidad de tiempo, haga que se obtenga la misma cantidad de valor de cambio que antes del aumento. La cantidad de valor de cambio por unidad abstracta de tiempo se iguala con la generalización del aumento de la productividad, una generalización que, por otra parte, resulta inevitable en un marco de competitividad.

Lo característico de esta dinámica es, pues, el efecto de nivelación que empuja a su vez a una elevación constante del nivel de productividad. La innovación tecnológica y la introducción de nuevos métodos para aumentar la productividad produce un aumento del valor de cambio a corto plazo que tiende a desaparecer con la generalización del nivel de productividad, de lo que se deriva una dinámica objetiva e independiente de la voluntad de los sujetos que intervienen en su mantenimiento, una especie de espiral de aceleración potencialmente infinita. El marco temporal abstracto en el que se producen los cambios de productividad permanece estático, mientras que el movimiento de evolución y transformación permanente de las formas de trabajo y de vida, de las relaciones sociales, de las estructuras políticas y jurídicas, de la producción y transmisión del conocimiento, de los medios de comunicación y transporte, de las formas de subjetividad e interacción y de los valores sociales acompaña la continua y necesaria reconstrucción de dicho marco.

Es importante atender a todos los ámbitos en los que se producen cambios acelerados. El ámbito de la innovación tecnológica es muy importante, pero no es el único. Ésta va de la mano de una evolución permanente en la organización del trabajo y en otras esferas sociales como la administración moderna, el desarrollo científico o el sistema jurídico. Pero los cambios que se producen en esas esferas comportan a su vez una continua transformación del horizonte de expectativas y de experiencias orientadoras que acelera el cambio social y afecta poderosamente a las valoraciones y los marcos de acción de los individuos y grupos obligados a una adaptación permanente a esos cambios.

Tanto la transformación permanente del mundo y los individuos como la reconstrucción de su marco abstracto dominado por la ley del valor se condicionan y se refuerzan mutuamente. El necesario proceso de transformación permanente no menos que la reconstrucción del rígido marco del dominio del valor abstracto representan dos dimensiones de la dominación social abstracta en la sociedad capitalista moderna. Como señala M. Postone:

«En el análisis de Marx la estructura básica de las formas sociales del capitalismo es tal que la acumulación de tiempo histórico no socava, en y por sí misma, la necesidad representada por el valor, esto es, la necesidad del presente. Más bien, transforma la condición concreta de posibilidad de ese presente, reconstituyendo por ello de nuevo su necesidad. La necesidad presente no es “automáticamente” negada sino paradójicamente reforzada. Es impulsada hacia delante en el tiempo como un presente perenne, como aparente necesidad eterna» (Postone, 2006, 389).

Sin embargo, la innovación tecnológica y la elevación del nivel de productividad no imponen por sí mismas una aceleración del ritmo de vida, es más bien su vinculación con el crecimiento exigido por el mantenimiento del nivel de beneficio lo que produce la celeridad. Lo que impide convertir dicha innovación en más tiempo disponible, es decir, en posibilidad de desaceleración del ritmo vital, es la dialéctica entre tiempo concreto y tiempo abstracto, el hecho de que cada vez sea necesario producir más riqueza material por unidad de tiempo para obtener el mismo beneficio, así como la exigencia de hacer circular y consumir lo producido a una mayor velocidad para darle salida y recomponer la demanda. Así pues, la aceleración

de la producción por medio del crecimiento de la productividad obliga a un incremento de la cantidad de producción, es decir, al “crecimiento económico”, si se quiere mantener el desempleo en niveles que no estrangulen la capacidad de consumo ni hagan peligrar el sistema.

El sistema financiero tiene, entre otras, la función de incentivar el crecimiento y la productividad. Mientras que en la economía precapitalista el dinero es simplemente un medio de cálculo y de intercambio, el desarrollo de las finanzas modernas convierte al dinero en capital multiplicable a través de los intereses. Lo nuevo ciertamente no son los intereses, sino que éstos dejan de tener un función parasitaria y de ser cuestionados moralmente, y sobre todo que la multiplicación del dinero se convierte en el objetivo último al que se somete el conjunto de la producción. Un elemento fundamental del sistema económico para sostener ese objetivo es el crédito. Y éste es esencialmente un *fenómeno temporal*. El capital es una suma de dinero que después de un lapso de tiempo retorna *incrementado*. Cuanto *más corto* es el lapso de tiempo, tanto más rápidamente puede reinvertirse y producir nuevos intereses. El resultado universal del sometimiento de todos los ámbitos de vida al dominio del dinero, del mercado y de la aspiración a multiplicar el capital es pues una continua *aceleración* (Reheis, 1998, 181ss).

El objetivo de la multiplicación del dinero es un objetivo infinito, lo que contrasta con la finitud de los medios que definen el horizonte de escasez que determina la actividad económica. Por esa razón, la contradicción entre el objetivo infinito de la multiplicación del dinero y la finitud de los medios para alcanzar ese objetivo se despliega de manera *temporal*, como proceso de *una permanente revolución* de los medios. Esto supone un sometimiento creciente de la acción humana en cada vez más ámbitos a ese objetivo infinito. La infinitud de la lógica de la acumulación del capital, de la multiplicación del dinero, no se detiene ante límite natural o humano alguno. Sólo reconoce como meta el incremento de un *quantum* abstracto. Y para esta abstracción todas las singularidades no son más que obstáculos a superar. Como percibió K. Marx, el capital no posee ningún límite interno, no existe un punto de equilibrio y descanso.⁴

La economización del tiempo posee pues un doble significado. De un lado, el sometimiento del tiempo a la lógica de acumulación económica y la aceleración que lleva asociada, y derivado de ese sometimiento, la exigencia de disciplinamiento del tiempo y de desarrollo de los sistemas de control que lo hagan posible. Sociedades capitalistas orientadas al crecimiento exigen que la mayoría de los actores que operan en ellas se vean a sí mismos como productores y consumidores que pueden y quieren un aumento constante de su producción y consumo (y no como ascetas o ciudadanos frugales), por más que desde el punto de vista político y jurídico nadie tenga por qué verse de esa manera.

En la esfera de la circulación y el consumo, la realización del beneficio obliga a una constante aceleración de la velocidad de las ventas y de los actos de consumo por unidad de tiempo. Dicha aceleración se manifiesta como crecimiento exponencial de las vivencias y las acciones, no menos que como exigencia de mayor rapidez en su realización, de eliminar pausas y vacíos o de emplear tecnologías y formas de organizar la vida cotidiana que conocemos bajo la denominación de “multitarea”.

Así pues, junto al disciplinamiento de la economía temporal de los trabajadores que el capitalismo industrial introduce en los procesos de producción, encontramos una aceleración específica del consumo que se sirve también de innovaciones tecnológicas y organizativas

⁴«Para el valor multiplicar coincide con conservar y sólo se conserva sobrepasando continuamente su límite cuantitativo, [...]. En cuanto valor [...] es un impulso continuo a ir más allá de su límite cuantitativo; proceso infinito» (Marx, 1974, 936).

que producen un aumento del ritmo de vida. Dicho aumento y la sensación de escasez de tiempo que lo acompaña no surgen *porque*, sino *a pesar de* que podamos consignar en casi todos los ámbitos de la vida social enormes ganancias de tiempo gracias a la ayuda de la técnica, ya que hoy se pueden resolver tareas o salvar distancias mucho más rápidamente.

Desde el punto de vista de los individuos, el incremento vinculado al crecimiento y la aceleración supone encontrarse ante una abundancia tentadora de posibilidades. Pero en realidad se produce una sobreoferta que reproduce la escasez de tiempo. Vivimos con el temor de no poder aprovechar la mayoría de esas posibilidades o, en todo caso, las mejores, y con la sensación de encontrarnos en una carrera contra el tiempo. La paradoja es que el intento de responder al aumento de posibilidades que produce la aceleración apropiándose las técnicas y los trucos que ofrece dicha aceleración para aumentar el ritmo de vida, termina agrandando el abismo entre el tiempo de vida y las posibilidades de mundo. Los mismos medios que sirven al individuo para ampliar su yo, aumentan la cantidad de posibilidades de mundo de modo exponencial.

La aceleración, a la que están sometidos todos los cambios sociales, produce una sensación de velocidad imparable. Pero al mismo tiempo los acontecimientos y hechos sometidos a esa velocidad carecen de duración y, en cierto sentido, de consecuencias duraderas. Vivimos pues con la sensación de que nada esencial cambia, de que no sucede nada realmente nuevo. El proceso de aceleración se acompaña de un hambre casi insaciable de experiencia del mundo, de captar el mundo en todas sus producciones, desentrañarlo hasta sus fundamentos, probarlo todo. Sin embargo, ese mismo proceso sólo permite una relación mediada con el mundo. Ganar tiempo supone renunciar a la intensidad de la experiencia. Para ahorrar tiempo y ampliar la estrechez temporal el mundo debe ser predisposto de modo general para ser poseído rápidamente. Pero para despacharse con rapidez es necesario un mundo dispuesto y troquelado para el consumo. Los individuos no sólo están llamados a racionalizar y economizar el tiempo en la esfera productiva, también el consumo funciona bajo las mismas reglas. El mundo en el que pensaba el individuo aceleradamente hambriento de experiencia desaparece sin brillo para dejar sitio a un mundo preparado y adaptado a sus deseos de velocidad. En realidad no es posible “experimentar” un mundo preparado para el consumo, sólo se puede comprar y consumir (Gronemeyer, 1993, 121ss).

Una vez canjeada la competencia para dar forma a la propia vida por un dejarse abastecer con fragmentos de mundo preparados para consumir, los individuos se vuelven demandantes menesterosos de individualidad, pero ésta, una vez perdida aquella competencia, ya sólo depende de la capacidad adquisitiva, de la fuerza para imponerse a la competencia y del refinamiento del gusto. La singularidad se diversifica según la clase de mercancías que pueden adquirirse.

Al mismo tiempo la exigencia de evitar todo vacío obliga a un “timing” preciso, a procedimientos secuenciales purificados de todo azar, a una eliminación implacable de todo lo superfluo. El tiempo de la espera pierde todo valor en sí mismo, no es más que tiempo perdido inútilmente. Desaparece como tiempo de experiencia que es sacrificada al resultado inmediato bajo el dictado de la aceleración, un dictado que termina imponiendo una unificación de los procedimientos, una nivelación de las diferencias, a pesar de la variedad de objetos, eventos, acontecimientos y opciones sobre las que se aplican. Bajo el imperativo de la aceleración queda destruida una verdadera experiencia de lo diverso y diferente que desaparece tras la apariencia de una inmensa diversidad sometida a esquemas de consumo acelerado. Por eso, desde el punto de vista de los individuos, también se impone una sensación de paralización e inmovilidad, de destemporalización por acumulación y multiplicación de acontecimientos, posibilidades, vivencias, acciones, etc. todas de carácter episódico, fugaces, inconexas, descontextualizadora, que apenas dejan huella y escasamente

pueden ser integradas en una secuencia biográfica capaz de dotarlas de sentido.

2. Biopolítica⁵ y cronopolítica⁶

De la gubernamentalidad liberal a la neoliberal

El concepto de “biopoder” pretende dar cuenta de una transformación en las prácticas y tecnologías del poder que difieren del modelo premoderno de soberanía, sin que su aparición suponga una desaparición de ese modelo anterior. Se caracteriza por conformar la vida humana bien bajo la forma del individuo (anatomopolítica) o de la población (biopolítica). Su objetivo no es inhibir, doblegar o aniquilar las fuerzas vitales (“hacer morir, dejar vivir”), como en el modelo de soberanía precedente, sino perfeccionarlas, enriquecerlas y estimularlas de modo continuado en vistas a su optimización y economización (“hacer vivir, dejar morir”) (Foucault, 2005, 141ss). Independientemente de que la formación del dispositivo biopolítico y la formación de la economía política capitalista no tengan entre sí una relación causal, existe entre ambas una conexión sistemática con efectos históricos muy poderosos. La optimización y economización de las fuerzas vitales poseen una significación decisiva para el aumento de la productividad de la fuerza de trabajo en interés de la acumulación continuada del capital y viceversa.

M. Foucault diferencia dos ejes de desarrollo de las tecnologías de la vida, que se implican mutuamente y van entrelazadas: el disciplinamiento del cuerpo y la regulación de la población. La anatomía política del cuerpo trata a los individuos como máquinas complejas y persigue el aumento de sus capacidades y fuerzas para integrarlos en el sistema de producción económica y de dominación política. La biopolítica se aplica sobre el conjunto de las manifestaciones vitales concretas de una población como totalidad biológica. Lo importante en nuestro contexto es que la combinación de la reglamentación disciplinaria y la regulación poblacional es considerada por M. Foucault como la condición decisiva para la imposición del capitalismo y la constitución del moderno Estado-nación: el bio-poder fue «un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos. [...] si el desarrollo de los grandes aparatos de Estado, como *instituciones* de poder, aseguraron el mantenimiento de las relaciones de producción, los rudimentos de anatomopolítica y de biopolítica, inventados en el siglo XVIII como *técnicas* de poder presentes en todos los niveles del cuerpo social y utilizadas por instituciones muy diversas (la familia, el ejército, la escuela, la policía, la medicina individual o la administración de colectividades), actuaron en el terreno de los procesos económicos» (Foucault, 2005, 149s).

La anatomopolítica y la biopolítica constituyen las principales herramientas del *gobierno liberal*, que se origina como una autolimitación la razón gubernamental, como abandono de la pretensión del ejercicio de la soberanía sobre la economía (López, 2010, 43ss). El nuevo arte gubernamental, como señala Foucault, necesita y consume libertad: libertad de contratación, libertad de comercio, libertad de expresión, etc. La acción del

⁵ Para una aproximación general al concepto de “biopolítica” cf. Ugarte, 2006; para un análisis crítico de los excesos teóricos en el desarrollo de este concepto en autores como Agamben, Negri, Esposito, etc., cf. Campillo 2009.

⁶ El término cronopolítica tiene que ver con el uso político de la velocidad y está asociado fundamentalmente con la obra de Paul Virilio, cf. Virilio 1977, James 2007 y Lorca Abad, 2007. Aquí se usará en un sentido general para referirse a la dimensión temporal de la biopolítica.

gobierno se encamina a garantizar el marco que posibilita esas libertades, sin que su ejercicio ponga en peligro la existencia del Estado y la pervivencia de la población. Se trata de alcanzar una conjunción de técnicas disciplinarias y libertades fundamentalmente económicas. Esta conjunción ha permitido a lo largo de más de dos siglos modulaciones entre soberanía, disciplina y regulación que van desde el liberalismo clásico a *Welfare State*, con geometrías muy variables en su relación con la soberanía democrática, incluyendo su eliminación.

Por el contrario, el *modelo neoliberal de gubernamentalidad* invierte la fórmula liberal de la producción de la libertad económica por el Estado, para pasar a organizar y regular el Estado desde la libertad de mercado. El principio empresarial, la dinámica competitiva, la privatización del riesgo, etc. informan y penetran al conjunto de la sociedad y colonizan todos los ámbitos públicos y privados. El mercado-soberano refuncionaliza los Estados, que se convierten en posibilitadores y catalizadores de los flujos de mercancías, capitales y poblaciones. En el tránsito del liberalismo al neoliberalismo adquiere una importancia fundamental la teoría del “capital humano” (Pierbattisti, 2007a y b). Nos enfrentamos a un desplazamiento del centro de gravedad del tipo de sociedades que hemos descrito como disciplinarias a otras que habría que definir como sociedades de control (Deleuze, 1999, 277ss; Lazzarato, 2006). Sin que desaparezca el *régimen fabril*, emerge y se convierte en dominante un *régimen empresarial* que tiende a capturar al conjunto de los individuos bajo la lógica de mercantilización, aunque ahora sin recurrir al encerramiento institucional.⁷ Estos cambios han supuesto una transformación del sistema de empleo y de los “vínculos sociales”, caracterizados por una creciente individualización y pluralización de los estilos de vida y orientaciones para la acción. Lo cual no sólo modifica las formas tradicionales de regulación del trabajo y de lo social, sino que imprime nuevos contornos a las biografías individuales, a los intereses y a las necesidades de las personas. Un nuevo lema parece presidir la orientación de las biografías individuales independientemente del lugar que se ocupe en el sistema productivo: ¡actúa de modo empresarial! El “yo empresario” se define por la creatividad, la flexibilidad, la responsabilidad individual, la conciencia del riesgo y la orientación al intercambio comercial en todas las áreas de la vida y no sólo en la laboral. La competitividad somete el “yo empresario” al dictado de una permanente optimización de sí mismo, por más que ningún esfuerzo en este sentido sea capaz de desterrar el miedo al fracaso que atrapa su alma (Bröckling, 2007; Opitz, 2004). En realidad, «la dimensión desestabilizadora del imperativo de autogestión [...] suscita un material altamente provechoso para las lógicas financieras y la producción de riqueza» (Castro, 2010, 76).

El relajamiento actual de las formas tayloristas de organización del trabajo va acompañado de nuevas ofertas de cualificación y participación por parte de los directivos de las empresas a sus plantillas de trabajadores fijos que en realidad profundizan la lógica de la identificación y el autocontrol. Lo que del lado de las empresas se denomina *corporate identity*, adquiere del lado de los empleados el carácter de *self-management*.⁸ La

⁷ Junto a imposición del modelo de racionalidad empresarial habría que considerar dentro de la forma de gubernamentalidad neoliberal también la estimulación de la creación de nuevos mercados para someter más áreas de la vida a la capitalización (privatización de las políticas sociales, por ejemplo) y un “nuevo prudencialismo” que privatiza los riesgos (cf. Vázquez, 2005, 93ss).

⁸ Esto tiene su complemento en el “*Self-Fashioning*” que se presenta como la conversión de la vida en el material de una obra estética, en un experimento permanente de sí mismo por medio de consumo (Bolz, 2002, 96). En este contexto adquiere su verdadera significación el *boom* que ha experimentado la cirugía estética. La cosmética de la existencia se ha convertido en el instrumento más socorrido para hacer de uno mismo una marca. La sociedad de consumo no se detiene ante la morfología del cuerpo humano. Ésta también puede tratarse como una mercancía. Así nos convertimos en objeto de consumo de nosotros mismos. M. Foucault también apunta en

personificación de las empresas va de la mano de una reducción del yo a objeto de planificación bajo criterios empresariales. La “personalidad” de directivos y empleados se convierte así en blanco de infinidad de intervenciones que promueven la identificación, estimulan la motivación, impulsan la flexibilidad, etc. por medio del empleo sistemático de técnicas psicológicas (de manipulación) que se presentan como supuestas medidas de “humanización del mundo laboral” o de fomento del “espíritu de grupo”.

La competencia global exige una autodisciplinada y completa movilización de toda la persona. La contradicción de intereses queda así encubierta bajo la transformación de los trabajadores en “agentes del capital”, que se autoidentifican a sí mismos con tales. Evidentemente esta amigable “flexibilización” de las relaciones laborales se produce bajo la presión de una agudizada lucha competitiva entre los trabajadores y bajo el severo dictado de la producción de beneficios. Lo cual tiene un efecto devastador: supone el triunfo de la ideología economicista neoliberal en el plano de la automercantilización de los individuos, que han de estar dispuestos a relativizar su rasgos personales o incluso a no formar ninguna personalidad en el sentido clásico para adaptarse flexiblemente a las condiciones rápidamente cambiantes del mercado. La jerga dominante lo llama “oportunismo creativo” (Steinert, 2007, 233).

Estas formas de gubernamentalidad liberal y neoliberal no debe hacernos olvidar que en los límites de las instituciones y los territorios de la administración de la vida, cuya lógica es mantener con vida a la vida para hacerla disponible promoviendo su productividad y mercantilización, se lleva a cabo la política del “dejar morir”. Existen múltiples formas de dosificar la muerte exponiendo a riesgos vitales extremos, vulnerabilizando y fragilizando a determinados sujetos cuya vida no puede ser monetarizada ni capitalizada, estableciendo espacios de marginalidad extrema destinada a individuos que supuestamente dañan la bonanza y el crecimiento de la comunidad nacional. Sin producir la muerte directa, se producen activamente las condiciones que la hacen previsible o casi inevitable. En este sentido, «el dejar morir deviene (...) un *hacer-dejar-morir*» (Mendiola, 2009, 48). Por eso vemos multiplicarse dentro de los Estados de Derecho zonas de excepcionalidad, personas excluidas de la protección y el amparo de la ley e incluso ignorados por las políticas de domesticación y sometimiento de la vida que constituye la gubernamentalidad, en definitiva, ámbitos de arbitrariedad y vulnerabilidad en los que la discrecionalidad aumenta hasta límites insostenibles (Butler, 2006, 84). Otro tanto cabría decir de la diferencia y complementariedad entre las prácticas jurídico-políticas y económicas hacia el interior de las metrópolis y las proyectadas sobre los territorios y poblaciones colonizadas, en las que la lógica de disponibilidad se ve sobrepasada por una lógica de la desechabilidad, por la producción de poblaciones sacrificables o explotables hasta el exterminio (Ferro, 2005).⁹

sus reflexiones sobre neoliberalismo hacia estas dos formas de gubernamentalidad en las sociedades de control por medio del autoempresarialización y automercantilización por el consumo: «En el neoliberalismo –que no lo oculta, lo proclama– también vamos a encontrar una teoría del *Homo oeconomicus*, pero en él éste no es en absoluto un socio del intercambio. El *Homo oeconomicus* es un empresario, y un empresario de sí mismo. [...] Y el consumo debe considerarse como una actividad de empresa por la cual el individuo, precisamente sobre la base de un capital determinado del que dispone, producirá algo que va a ser su propia satisfacción.» (Foucault, 2009, 228s).

⁹ Quizás el mérito de G. Agamben haya sido insistir en la permanencia del modelo de soberanía junto al de gubernamentalidad, mostrar una interpenetración y los vínculos entre normalidad jurídica y excepcionalidad, así como su articulación por medio del juego de inclusión-exclusión o inclusión exclusiva, para señalar oportunamente que mantener con vida a la vida para capturarla, por un lado, y aniquilarla por medio de dispositivos y prácticas tanatopolíticas, por otro, no se excluyen sino que se reclaman mutuamente (cf. Mendiola, 2009, 51ss).

Del régimen temporal industrial al digital

Veamos ahora como las formas de gubernamentalidad que hemos analizado comportan regímenes temporales específicos que poseen una significación central en el funcionamiento de los dispositivos de poder y en su capacidad para disponer sobre la vida, capturarla y explotarla. Como hemos visto, el sistema económico capitalista necesita de un aumento constante de la velocidad de producción, distribución y consumo de bienes y servicios bajo la lógica competitiva de la economía del tiempo. Dicha aceleración precisa no sólo de innovaciones tecnológicas, sino también del aumento de la velocidad de los procesos de organización, administración y control. Esto afecta en primer lugar al funcionamiento de administraciones y burocracias, pero también a la esfera financiera, a la logística y al marketing que acompañan a la producción y al consumo. La economía capitalista sólo despliega toda su efectividad cuando los individuos internalizan un uso eficiente de los recursos temporales que determina sus prácticas, percepciones y orientaciones. Las formas de gubernamentalidad poseen una dimensión temporal evidente, pues ellas son las encargadas de establecer, consolidar y reproducir regímenes temporales por medio de instituciones que organizan el tiempo de modo estricto y así contribuyen al disciplinamiento de los cuerpos y su predisposición para ser sometidos a las nuevas formas de producción y consumo bajo una aceleración creciente.

En este proceso tiene una enorme relevancia la relación entre el régimen temporal, la disciplina en el trabajo y el *capitalismo industrial* (Thompson, 1967). Las estructuras y los modelos temporales dominantes en las sociedades modernas se establecen de modo universal y vinculante a raíz de la revolución industrial y su régimen institucional específico. Esto supone en primer lugar una autonomía creciente de la producción, la circulación y el consumo frente a los ritmos naturales. Dichos procesos pasan a someterse al régimen de tiempo abstracto y uniforme marcado por los relojes. En segundo lugar una separación estricta del ámbito laboral y el ámbito privado, del tiempo de trabajo y el tiempo “libre”, con formas organizativas específicas y regímenes institucionales propios. Por último la organización del tiempo de trabajo deja de estar determinada por las exigencias específicas de las tareas o la materia sobre la que se ejerce la actividad, con lo que la duración y el ritmo vienen determinados por cronogramas que fijan con anterioridad el marco de dicha actividad. El resultado es un *vaciado temporal* que permite una sincronización de temporalidades heterogéneas y que coloniza el conjunto de la vida social (Giddens, 1994, 29).

La centralidad de la fábrica para la imposición del nuevo régimen temporal no debe hacer pasar por alto el papel de otras instituciones en las que se entrenan y ejercitan las nuevas prácticas y orientaciones de la acción: hospitales, cárceles, escuelas y cuarteles. La organización del tiempo es el instrumento principal de los procesos de disciplinamiento que se realizan en estas instituciones. Los relojes son empleados para quebrar los ritmos individuales y diferenciados y acompasarlos al dictado externo y uniforme fijado desde las exigencias de la producción y el consumo acelerados. Sobre todo la escuela cumple una función clave en la interiorización del nuevo régimen temporal por parte de los individuos y sirve como dispositivo para la intensificación del aprovechamiento del tiempo (Richter, 1991, 40). El compás lineal y regularizado que domina la institución educativa permite concebir el tiempo como un recurso determinado cuantitativamente, que ofrece a los individuos estimulados a planificar su actividad “racionalmente”, quiere decir, según la lógica instrumental de economización de los medios, un marco formal rellenable con los más variados contenidos, dependiendo de las exigencias de los contextos cambiantes. Este disciplinamiento de los cuerpos por medio del sometimiento a un esquema temporal abstracto

subordina la satisfacción de determinadas necesidades, exige la represión o contención de los impulsos y la distribución del esfuerzo y el descanso siguiendo un orden prefijado. Estamos ante elementos fundamentales de la subjetivación en la modernidad industrial capitalista. En este sentido puede entenderse la tesis de Paul Virilio de que la “revolución dromocrática” está en el origen de la modernidad industrial (Virilio, 1977, 52 y 68).

Además de la significación que posee la imposición de un régimen temporal específico por medio de las disciplinas anatomopolíticas, las biopolíticas de regulación de la población también poseen una dimensión temporal. La concepción del tiempo que las acompaña, legítima y sostiene es la idea de progreso. La temporalidad que rige el crecimiento, la salud, el perfeccionamiento, etc. de la población es la temporalidad lineal e infinita del progreso. Lo esencial en ella es el esquema temporal evolutivo y la lógica instrumental por la que cualquier negatividad sirve a un fin positivo. Ambos dan soporte a la confianza en que la historia avanza desde lo imperfecto hacia lo mejor, en que no hay mal que por bien no venga. No es que se nieguen los reveses y los retrocesos, para eso habría que estar demasiado ciego o ser demasiado cínico, pero éstos no son más que episodios transitorios de un movimiento general de avance imparable o costes necesarios para la consecución de la meta. Lo posterior es visto como superior, lo anterior se convierte en fase previa de lo que ha devenido y alcanzado realización, el pasado es percibido como medio para un fin que lo supera, lo que fue es instrumentalizado al servicio de lo que está por venir. Además el pasado está clausurado y su significado es administrado por el presente con vistas a un futuro mejor de la población.

Siguiendo la distinción propuesta por Castoriadis, podríamos decir que el régimen temporal que imponen las disciplinas anatomopolíticas corresponde al tiempo instituido como *identitario*, es decir, relativo a la medida, que sigue el esquema de irreversibilidad, escasez, movimiento, antes y después, etc. Es el tiempo-referencia de las prácticas cotidianas. Junto a éste estaría el tiempo constituido como *imaginario*, es decir, el tiempo de la significación, que confiere sentido y cualidad al tiempo identitario. En el caso de la modernidad el tiempo imaginario hegemónico es el tiempo del “progreso” (Castoriadis, 1989, 78ss). Como señala J. Beriain, en el “tiempo capitalista” «la institución explícita del tiempo identitario es un flujo mensurable, homogéneo, totalmente aritmético; y [...] el tiempo imaginario es un tiempo “infinito”, representado como tiempo de progreso indefinido, de crecimiento ilimitado, de acumulación, de racionalización, de conquista de la naturaleza, de aproximación cada vez mayor a un saber exacto total, de realización de un fantasma de omnipotencia.» (Beriain, 2003, 9).

Si nos preguntamos ahora por el régimen temporal específico de la gubernamentalidad neoliberal, es la *revolución digital* la que marca el compás con una aceleración vertiginosa de los flujos de comunicación e información. El imperativo de aceleración no sólo se mantiene, sino que aumenta en todos los órdenes, pero gracias a los cambios introducidos por esta revolución asistimos a una desregulación espacial y temporal del trabajo, una erosión progresiva del rígido régimen temporal industrial y una diferenciación del ámbito laboral y el privado. Como señala M. Castells, en el capitalismo informacional se está produciendo una transformación profunda, «es la mezcla de tiempos para crear un universo eterno, no autoexpansivo, sino autosostenido, no cíclico sino aleatorio, no recurrente sino incurrente: el tiempo atemporal, utilizando la tecnología para escapar de los contextos de su existencia y apropiarse selectivamente de cualquier valor que cada contexto pueda ofrecer al presente eterno» (Castells, 1997, 467). Como hemos visto al analizar la economía capitalista del tiempo en el primer apartado, la aparente necesidad eterna de la reproducción y acumulación del valor es la forma específica de mediación entre

tiempo concreto y el tiempo abstracto en el capitalismo.

Si la fábrica era la institución clave de la temporalidad industrial, ahora la institución clave son los mercados financieros, cuya liberalización e informatización de todos los flujos de capital permiten un funcionamiento simultáneo en tiempo real en todo el planeta. La velocidad de las transacciones, que muchas veces responde a programas informáticos que funcionan automáticamente, permite una secuencia constante de compra y venta, lo que termina imponiendo una especie de circularidad temporal o de instantaneísmo inconexo. Esto ha posibilitado un desacoplamiento de las transacciones financieras respecto a la economía “real” y una financiarización de la economía (Lucarelli, 2009). La realización del valor se vuelca en capturar en el presente de la transacción financiera el tiempo futuro por medio de la comercialización de los riesgos y expectativas de ganancias. Esto ha llevado a un aumento creciente de la masa de capital nominal frente a los depósitos y activos bancarios. Por medio de proyecciones informáticas se apuesta por un dinero futuro y el tiempo pasa a ser creador directo de capital. El capital genera renta a partir del tiempo, de capturarlo y explotarlo.

Como señala Ch. Marazzi, hemos asistido en los últimos años a un proceso singular de financiarización de la economía que no responde al esquema habitual de tentativa de recuperar en los mercados financieros lo que el capital no consigue capturar en la economía real. No es un fenómeno asociado simplemente a los ciclos económicos. La economía financiera se expande de modo constante y en todos los momentos del ciclo. Estamos más bien ante «dinámicas autorreferenciales en las cuales la búsqueda de rendimientos financieros cada vez más elevados genera aumentos en las ganancias ficticias a través de la proliferación de instrumentos financieros ingobernables, fuera de toda regla y control» (Marazzi, 2009, 39). Esta dinámica acompaña la transformación del proceso de extracción de valor, que van más allá de los límites conocidos de la producción de bienes y servicios: desde las estrategias gerenciales de externalización hacia la esfera privada de la reproducción de tareas y costes de producción hasta las sofisticadas creaciones de ingeniería financiera pasando por la colonización de la esfera de la circulación, la compresión del salario, la precarización del empleo, etc. Lo que convierte a este capitalismo financiarizado en biocapitalismo es que no sólo captura los cuerpos como instrumentos materiales de trabajo, sino en su globalidad, en todos los ámbitos y actividades de la vida (Codeluppi, 2008). Ahora es toda la vida la que está involucrada en el riesgo financiero.

Por otro lado, la flexibilización del tiempo que ha supuesto la revolución digital no sólo ha permitido una optimización de los trabajos y un movimiento acelerado de todo tipo de recursos, sino que ha impuesto un nuevo régimen de producción y suministro conocido como *jus-in-time*, una gestión no lineal, sino diferenciada y adaptable del tiempo, dependiendo de las circunstancias cada vez más cambiantes del mercado y de la competencia. Esto también ha llevado a una mayor pluralidad organizativa acorde con la fragmentación y polarización de los desempeños laborales. La jornada laboral ha perdido así capacidad estructuradora del ritmo vital y los individuos se enfrentan de manera creciente a una complicada gestión de diferentes temporalidades que conviven de manera conflictiva. Evidentemente esto también afecta la coordinación de actividades y relaciones sociales, que sufren una enorme complejificación y se ven sometidas a un nuevo estrés.

Superficialmente la flexibilización puede dar la impresión en algunas de sus expresiones de un retorno a formas de producción y de vida preindustriales. Dichas formas parecen regidas por las tareas y los objetos y no tanto por el tiempo vacío, lineal y abstracto de la época industrial. Pero en realidad, si el mundo laboral moderno, industrial y capitalista debía ser protegido de toda ingerencia del mundo de vida para poder establecer su régimen temporal y así posibilitar la aceleración dentro de sus límites, hoy nuestras concepciones de

buena vida han sido de tal modo adaptadas a esas exigencias y hemos interiorizado dicho régimen temporal y su lógica de tal manera que es posible realizar la colonización contraria: incluso los potenciales de desaceleración y sus oasis en la cotidianidad son crecientemente erosionados por aquella lógica como resultado del debilitamiento de la separación entre trabajo y vida, cuando no su interpenetración.

Para los trabajadores las nuevas posibilidades de racionalización y vigilancia que ofrecen las tecnología de la información y la comunicación se traducen fatalmente, por un lado, en flexibilización, liberalización y desregulación, es decir, en subproletarización de una parte de la mano de obra con una relación intermitente con el mercado de trabajo, precarización del empleo y siniestralidad laboral y, por otro, en formas de autoexplotación o sobreexplotación con ritmos extremos impuestos por las empresas bajo amenaza de pérdida del empleo, con los que va asociado un conjunto de patologías reconocidas (desde el consumo de drogas y psicofármacos al estrés cronificado, pasando por las más variadas somatizaciones del trabajo excesivo, etc.).

Más allá de la organización del trabajo, la integración electrónica de los sistemas digitales confiere al tiempo dos características fundamentales: simultaneidad y atemporalidad. La primera ha convertido cualquier acontecimiento o hecho que se produce en cualquier parte en un hecho inmediato, casi co-presente en tiempo real. La segunda ha producido una mezcla caleidoscópica de tiempos diversos, un montaje en el que dichos tiempos se yuxtaponen si conexión propiamente temporal. El tiempo es tan efímero como eterno o, por paradójico que parezca, se da una coincidencia entre lo efímero y lo eterno. «La eliminación de la secuenciación crea un tiempo indiferenciado, que es equivalente a la eternidad» (Castells, 1997, 542).

La mezcla caleidoscópica de tiempos diversos e inconexos, que imprime al tiempo dentro de la gubernamentalidad neoliberal un carácter de instante efímero y al mismo tiempo eterno, carecen de una construcción significativa de un macro-orden temporal semejante a la idea de progreso vinculada a la biopolítica liberal (Marramao, 1989, 121). Con el acopio diagnósticos sobre esta pérdida postmoderna sólo compite la escasez de análisis sobre cuál es la construcción que cubre el hueco dejado por ella. Quizás nos encontremos por primera vez con la ausencia de un tiempo imaginario que pueda servir de marco al tiempo identitario que rige las prácticas cotidianas. Como constata Baudrillard, «la historia no llega a ocurrir,... la historia se hunde en su efecto inmediato, se agota en sus efectos especiales, implosiona en actualidad» (Baudrillard, 1993, 13s.). Tras la muerte de los “grandes relatos”, también de las grandes narraciones de la historia, la industria cultural mimetiza y reproduce la lógica temporal que culmina en el instante eterno que se confunde con un eterno retorno de lo mismo o, para emplear una imagen usada por P. Virilio, con un remolino que no se mueve del sitio (Virilio, 1999). La vida no puede vivirse ya como un proyecto dirigido a una determinada meta y por tanto tampoco puede dotarse de sentido por medio de un relato bajo la idea de evolución y progreso. Más bien se agita a gran velocidad pero sin moverse del sitio.

«Si “los enfermos poseen un conocimiento especial de la situación de la sociedad”, como escribió Benjamin, entonces quizás sean los depresivos [...] hoy los sismógrafos más sensibles de las dislocaciones presentes y futuras. Su estupor da noticia de la monótona suspensión del movimiento que bosteza tras los interfaces de usuario coloridamente animados y esponjados de nueva confusión.» (Baier, 2000, 161).

3. Quebrar la lógica capitalista del tiempo: interrupción mesiánica

Hablar de interrupción mesiánica en relación con la lógica temporal del capitalismo supone referirse sobre todo a W. Benjamin. Lo que vamos hacer aquí es recoger algunas de sus intuiciones más relevantes, que ciertamente están lejos de poder sustentar un programa político viable en estos momentos, pero que podrían incorporarse en uno que pretenda ser realmente alternativo a esa lógica.¹⁰

Como es conocido, W. Benjamin condensó el carácter mítico del capitalismo en el concepto de culpa/deuda (*Schuld*), cuya doble significación económica y religiosa se pierde en otros idiomas. Por eso caracteriza el tiempo de la culpa en una de sus múltiples notas de la siguiente manera: «El tiempo del destino es el tiempo que puede realizarse en cada momento *simultáneamente* (no de modo presente). Se encuentra bajo el orden de la culpa que determina en él la estructura. Es un tiempo no autónomo y no hay en él ni presente, ni pasado, ni futuro» (Benjamin, 1972ss, VI, 91). En este régimen mítico del tiempo no hay ningún instante que no sea intercambiable con otro, que no retorne en cada otro instante o sea el retorno de cualquier otro. Cada instante está en deuda con otro y endeuda al siguiente. Se trata de un tiempo sincronizado que no permite desvincularse de él, ganar la distancia y la libertad que harían posible un comportamiento moral. La festividad sin pausa del culto capitalista produce un tiempo sin vida, en el que el movimiento de producción y autoproducción nunca alcanza descanso. Es el tiempo suspendido de la expectativa de más producción. Festividad y trabajo coinciden. El domingo de este culto es el perenne día laborable de la plusvalía y el plustrabajo. Un tiempo sin final que convierte la historia en una eternidad muerta.

El concepto de tiempo mesiánico, al menos tal como lo define W. Benjamin, se entiende como una réplica a los esquemas temporales dominantes en la cultura occidental, el del progreso y del eterno retorno de lo mismo o del fin de la historia. Estos dos esquemas aparentemente contrapuestos son en realidad las dos caras de la misma moneda. La concepción del progreso como secuencia lineal y continua de cambios de un tiempo que transcurre de forma completamente homogénea produce paradójicamente la impresión de un completo vacío del curso del tiempo, no pone el acento en la definición cualitativa de lo nuevo, sino que convierte el proceso histórico en un movimiento automático que confiere a lo nuevo una significación meramente temporal. Esta descualificación de lo nuevo, su vaciamiento de contenido material y su reducción a esquema abstracto es registrada y sancionada por la idea de eterno retorno.

En una de sus tesis sobre el concepto de historia Benjamin refiere la acción de los revolucionarios de disparar a los relojes de las torres el primer día de la Revolución de Julio y la pone en relación con la acción de Josué contada en el Antiguo Testamento, cuando manda detenerse al sol (Benjamin, 1972ss I, 701s). Parece como si quisiera subrayar que los relojes no son una técnica cualquiera más, contrarrestable con un cambio del sentido subjetivo de experimentar el tiempo, sino que se trata de un sistema tan fundamental y condicionante de la vida como pueda serlo el movimiento de los planetas. La naturaleza hace tiempo que ha sido transformada técnicamente por el poder dominante. Dicho poder llega tan lejos que ha podido introducir unas nuevas relaciones temporales capaces de generar un comportamiento y una forma de experiencia completamente diferentes en los seres humanos. El tiempo abstracto, vacío, ininterrumpible, irreversible... se ha convertido en una “segunda naturaleza”, tan difícil

¹⁰ Una propuesta política que en cierta medida puede estar conectada con la idea de interrupción de la lógica temporal del capitalismo considerada como una lógica catastrófica podría ser la del decrecimiento (Latouche, 2009a y b; Cacciari, 2010; Taibo, 2009).

de transformar como el curso de los planetas. Dicho tiempo ha alcanzado un rango cuasi cosmológico o transcendental, es la condición social y epistemológica de la perceptibilidad del tiempo (John, 1991, 55ss).

Sin embargo, tanto el tiempo vacío y homogéneo como el progreso ilimitado e irreversible poseen un origen histórico y social, son resultado de decisiones concretas de sujetos sociales determinados. La conciencia que se sirve del pensamiento abstracto y el tiempo vacío y homogéneo se condicionan mutuamente y hacen posible la conjunción de medios y fines en el nuevo modo de producción capitalista. Se trata de un pensamiento que no tiene consideración de los contenidos, la materialidad y la coseidad y que, por ello, produce infinitud, ilimitación, ausencia de contenido; un pensamiento que se realiza pasando por alto y destruyendo objetos y sujetos concretos. Pero este tiempo abstracto, constituido en naturaleza segunda, no sólo encubre el carácter histórico de su génesis, para así poder perpetuarse mejor, sino que oculta con el brillo deslumbrador de lo supuestamente nuevo los sufrimientos y catástrofes que en dicho proceso afectan tanto a la naturaleza como a los seres humanos. Lo establecido posee el poder de ocultar a la mirada aquello que fue machacado y se perdió, y así configurar la manera de percibir la historia por medio de la 'evidencia' de la marcha victoriosa de lo que se impuso en última instancia. A la injusticia sufrida por los oprimidos y aniquilados se une la eliminación de las huellas que puedan recordarlos.

El esquema temporal dominante en la modernidad degrada tanto a las personas como a las cosas en meros elementos de un proceso objetivo que no es más que la manifestación del sistema de dominación que en cada caso somete y oprime lo singular. Este enmascaramiento que se celebra a sí mismo como evolución o eterno retorno sólo puede ser combatido rompiendo el hechizo que supone la representación del avance o la repetición. Para ello hay que concebir la historia como una constelación de peligros que es preciso percibir, entre ellos el no menos importante de imaginarse marchando con los vencedores a la cabeza del devenir histórico. Aquí lo relevante es el instante, que puede ser pasado por alto, que se puede perder, si no es aprovechado como oportunidad de conocimiento histórico y acción revolucionaria. En cada nuevo instante se constituyen nuevas constelaciones con el pasado. Podría decirse que hay instantes del pasado que esperan esa oportunidad de configuración con el presente, que están citados secretamente con él para cristalizar en una imagen dialéctica, que como un fogonazo confiere a ese presente una plenitud que Benjamin identifica con "lo verdaderamente nuevo".

Un rasgo fundamental de la praxis mesiánica, según Benjamin, tiene que ver con la manera en que dicha praxis se inserta en el devenir histórico y con la rememoración del pasado. El recuerdo en el momento del peligro, en cuanto memoria de un futuro ya pretérito, del futuro no acontecido, del sustraído a la víctimas, no establece un continuo histórico, sino que más bien hace valer el carácter no cerrado ni finiquitado del sufrimiento pasado y las esperanzas pendientes de las víctimas de la historia. Sólo desde ese futuro ya pretérito es posible pensar que el futuro actual tenga una oportunidad de ser algo más que la prolongación de la catástrofe. Para W. Benjamin «no existe instante que no lleve en sí su oportunidad revolucionaria» (Benjamin, 1972ss, I, 1231). Pero la materialización de esta oportunidad depende de la interrupción del curso catastrófico de la historia. Las revoluciones no son las locomotoras de la historia, sino el echar mano del freno de emergencia. Este concepto de revolución como interrupción puede ser visto como secularización de una concepción apocalíptica de la historia, pues el momento utópico se presenta como paralización del continuo histórico, como recomposición de todo lo desbaratado y destrozado, recuperación de todo lo perdido. La comunidad liberada no se ha de producir como consecuencia «del progreso en la historia, sino como su interrupción tan

frecuentemente fracasada y finalmente realizada» (Benjamin, 1972ss I, 1231).

El rescate a que está llamado el acto revolucionario no se produce según la lógica de las “leyes históricas de la evolución”, sino contra ellas: encendiéndose frente a ellas como su contrario, resistiéndose a ellas y en esa resistencia conformando su propia identidad y, por tanto, más que deviniendo según la lógica de la evolución, quebrando su curso. Lo que no quiere decir, como tantas veces se interpreta, saltando fuera de la historia. El *kairos* mesiánico-revolucionario designa aquella situación histórica en la que presente y pasado se han desgajado del continuo histórico y han formado una constelación que posibilita una nueva perceptibilidad y una nueva praxis. En esta correspondencia se unen la voluntad de una restitución y sanación de lo aniquilado y la fuerza para realizarlo en la interrupción del curso catastrófico de la historia.

BIBLIOGRAFÍA:

- BAUDRILLARD, Jean (1993): *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Barcelona: Anagrama.
- BENJAMIN, Walter (1972ss), *Gesammelte Schriften*, con la colab. de Th.W. Adorno y G. Scholem, ed. por R. Tiedemann/H. Schweppenhäuser. 7 Tomos y supl. Frankfurt: Suhrkamp.
- BERIAIN, Josexto (2003), El imaginario social moderno: politeísmo y modernidades múltiples, en *Textos Libres* (Universidad de Navarra), http://www.unavarra.es/puresoc/pdfs/c_lecciones/0-Beriain-imaginario.pdf
- BOLZ, Norbert (2002), *Das konsumistische Manifest*, München: Wilhelm Fink.
- BRÖCKLING, Ulrich (2007), *Das unternehmerische Selbst. Soziologie einer Subjektivierungsform*, Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- BUTLER, Judith (2006), *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires: Paidós.
- CACCIARI, Paolo (2010), *Decrecimiento o barbarie. Para una salida no violenta del capitalismo*, trad. St. Puddu, Barcelona: Icaria.
- CAMPILLO MESEGUER, Antonio (2009), Biopolítica, totalitarismo y globalización, en *La filosofía de Ágnes Heller y su diálogo con Hannah Arendt*: Congreso internacional: Murcia, del 13 al 15 de octubre de 2009 / coord. por A. Prior Olmos, A. Rivero, Recurso electrónico.
- CASTELLS, Manuel (1997): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 1: *La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- CASTORIADIS, Cornelius (1989), *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol. II: *El imaginario social y la institución*, Barcelona: Tusquets.
- CASTRO, R. (2010), Neoliberalismo y gobierno de la vida, en S. Arribas, G. Cano y J. Ugarte (coord.), *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo*, Madrid: CSIC/Libros de la catarata, 63-84.
- CODELUPPI, Vanni (2008), *Il biocapitalismo. Verso lo sfruttamento integrale di corpi, cervelli et emozioni*, Turín: Bollati Boringhieri.
- CONRAD, Peter (1999), *Modern Times and Modern Places. How Life and Art were Transformed in a Century of Revolution, Innovation and Radical Change*. New York: Alfred A. Knopf.
- DELEUZE, Gilles (1999), *Post-scriptum* sobre las sociedades de control, en *Conversaciones 1972-1990*, trad. de J. L. Pardo, Valencia: Pre-Textos, 277-286.
- FERRO, Marc (2005), *El libro negro del colonialismo, siglos XVI al XXI: del exterminio al arrepentimiento*, trd. de C. A. Caranci Díez-Gallo, Madrid: Esfera de los Libros.
- FREYERMUTH, Gundolf S. (2000), Digitales tempo. Computer und Internet revolutionieren das Zeitempfinden, en: *c't, magazin für computer technik*, 14, 74-81.
- FOUCAULT, Michel (1990), *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*, Buenos Aires: Altamira.
- FOUCAULT, Michel (2005): *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*, 10ª ed. revis., Madrid: Siglo XXI de España.
- FOUCAULT, Michel (2009), *El nacimiento de la biopolítica*. Curso en el Collage de France (1978-1979), trad. de H. Pons, Madrid: Akal.
- GIDDENS, Anthony (1990), *Consecuencias de la modernidad*, trad. de A. Lizón Ramón Madrid: Alianza.
- GRONEMEYER, Marianne (1993), *Das Leben als letzte Gelegenheit. Sicherheitsbedürfnisse und Zeitknappheit*. Darmstadt: WBG.
- JAMES, Ian (2007), *Paul Virilio*. London: Routledge.

- JOHN, Ottmar (1991), Fortschritt und Erinnerung. Walter Benjamin, ein Zeuge der Gefahr, en: E. Arens, O. John y P. Rottländer, *Erinnerung, Befreiung, Solidarität. Benjamin, Marcuse, Habermas und die politische Theologie*, Düsseldorf: Patmos, 13-80.
- KOSELLECK, Reinhart (1989), *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- KOSELLECK, Reinhart (2003), *Aceleración, prognosis y secularización*, trad. de F. Oncina, Valencia: Pre-Textos.
- LAZZARATO, Maurizio (2006), *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Traficantes de sueños.
- LATOUCHE, Serge (2009a), *La apuesta por el decrecimiento: ¿cómo salir del imaginario dominante?*, trad. de P. Astorga, Barcelona: Icaria.
- LATOUCHE, Serge (2009b), *Decrecimiento y posdesarrollo: el pensamiento creativo contra la economía del absurdo*, trad. de A. Andrés, Madrid: Ediciones de Intervención Cultural.
- LÓPEZ, Pablo (2010), Biopolítica, liberalismo y neoliberalismo: acción política y gestión de la vida en el último Foucault, en S. Arribas, G. Cano y J. Ugarte (coord.), *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo*, Madrid: CSIC/Libros de la catarata, 39-61.
- LUCARELLI, Stefano (2009), La financiarización como forma de biopoder, en A. Fumallali et. all., *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid: Traficantes de sueños, 125-148.
- LLORCA ABAD, Germán (2007), *Globalización, cronopolítica y propaganda de guerra: aproximación al pensamiento crítico de Paul Virilio*. Valencia: Universitat de València, Servei de Publicacions.
- MARAZZI, Christian (2009), La violencia del capitalismo financiero, en A. Fumallali et. all., *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid: Traficantes de sueños, 21-61.
- MARRAMAIO, Giacomo (1989), *Poder y secularización*, trad. de J. R. Capella, pról. de S. Giner Barcelona: Península.
- MARX, Karl (1962), *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, en K. Marx/F. Engels (1956ff.): *Werke*. Berlin: Dietz T. 23-25.
- MARX, Karl (1974), *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*. Berlín: Dietz.
- MENDIOLA GONZALO, Ignacio (2009), La bio(tanato)política moderna y la producción de disponibilidad, en Id. (ed.), *Rastros y rostros de la biopolítica*, Rubí (Barcelona): Anthropos, 33-69.
- OPITZ, Sven (2004), *Gouvernementalität im Postforismus. Macht, Wissen und Techniken des Selbst im Feld unternehmerischer Rationalität*, Hamburg: Argument.
- PIERBATTISTI, Damián (2007a), Mecanismos disciplinarios, dispositivos de poder y neoliberalismo: formas de intervención sobre la fuerza de trabajo, en *Herramienta* n° 34, Buenos Aires, 75-98.
- PIERBATTISTI, Damián (2007b), La teoría del Capital Humano en el tránsito del liberalismo al neoliberalismo: por una articulación Marx-Foucault. Diálogo con Jacques Bidet, en: *Revista Realidad Económica*, n° 230, Buenos Aires.
- POSTONE, Moshe (2006), *Tiempo, trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, trad. de M. Serrano, Madrid: Marcial Pons.
- REHEIS, Fritz (1998), *Die Kreativität der Langsamkeit. Neuer Wohlstand durch Entschleunigung*, 2ª ed. ampliada, Darmstadt: Primus.
- RICHTER, Götz (1991): *Die Lineare Zeit. Eine Untersuchung zum Zusammenhang von Zeitform und Entfremdung*. Hamburg: Argument.
- SCHLOTE, Axel (1996), *Widersprüche sozialer Zeit. Zeitorganisation im Alltag zwischen Herrschaft und Freiheit*. Opladen: Leske und Budrich.
- STEINERT, Heinz (2007), *Das Verhängnis der Gesellschaft und das Glück der Erkenntnis. Dialektik der Aufklärung als Forschungsprogramm*, Münster: Westfälisches Dampfboot.
- TAIBO ARIAS, Carlos (2009), *En defensa del decrecimiento: sobre capitalismo, crisis y barbarie*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- THOMPSON, Edward P. (1967), Time, Work-discipline, and Industrial Capitalism», en: *Past and Present* 36, 52-97 (trad. esp. en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona: Crítica, 1984, 239-293).
- UGARTE PÉREZ, Javier (2006), Biopolítica. Un análisis de la cuestión, en *Claves de razón práctica*, n° 166, 76-82.
- VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco (2005), “Empresarios de nosotros mismos”. Biopolítica, mercado y soberanía en la gubernamentalidad neoliberal, en J. Ugarte Pérez (Comp.), *La administración de la vida. Estudios biopolíticos*, Rubí (Barcelona): Anthropos, 73-103.
- VIRILIO, Paul (1977), *Vitesse et politique. Essai de dromologie*. Paris: Galilée.
- VIRILIO, Paul (1999), *Inercia polar*. Madrid: Trama 1999.